



# PRESENTACION

Fue con el mayor gusto que acepté el honor de inaugurar el ciclo de conferencias que la "Asociación Costarricense de Filosofía" y nuestra "Alianza Cultural" dedican a Blaise PASCAL, con motivo del Tercer Centenario de su muerte. Homenaje bien merecido por cierto, pues el gigante del pensamiento que fue Pascal pertenece a la humanidad, y fue sólo por casualidad que este ilustre representante de la Inteligencia haya nacido y criado en la antigua y firme provincia francesa de Auvernia, y mejor dicho, en la propia capital: la ciudad de Clermont.

No hay duda de que este ser excepcional tenga, a la vez, el carácter de su terruño, de su clase social y de su país. Por consiguiente es justo (aunque la Francia de hoy no sea, por varios aspectos, la de hace tres siglos) que el representante de la Patria de Pascal inaugure la serie de homenajes que le dedican y, particularmente el de esta noche, con la conferencia de mi excelente amigo el Profesor Alain Vieillard-Baron sobre el tema: "Pascal y su tiempo". Quiero expresar aquí mis más sentidas gracias a los distinguidos Profesores Abelardo Bonilla y Constantino Láscaris, Presidente y Secretario de la Asociación de Filosofía, a quienes debemos el conmemorar tan dignamente el Tercer Centenario de la Muerte de Pascal, y a todos los que dieron su valioso aporte al éxito de este gran evento intelectual.

No quiero aventurarme en el terreno de los sabios conferencistas que oiremos. Estas palabras de introducción no tienen la pretensión de ser más que las de un "hombre común", quien, desde el colegio y a través de las experiencias de la vida, se ha esforzado por adquirir "conocimientos de todo" (Claretés de tout), como lo hacía el "perfecto caballero" del siglo XVII.

Es el magnífico lenguaje de Pascal el que, en primer lugar, llama la atención del "hombre común". Por orden cronológico, Descartes ha sido el primero de los grandes representantes de nuestra prosa clásica. Después viene Pascal con sus famosas *Provinciales*, cuyo éxito procuró una tregua provisional en medio de la lucha político-religiosa del Jansenismo. Pero, sobre todo, cuando murió, a los treinta y nueve años, dejó una obra inconclusa, la cual, durante siglos, debía ser objeto de meditación y admiración: los *Pensamientos*, que son, en realidad, una Apología del Cristianismo por un lego, a la vez científico, filósofo y místico. El estilo alcanza una fuerza, una cadencia, una profundidad, un lirismo nunca vistos, hasta entonces, en la prosa francesa. Muchos de los grandes espíritus del siglo de Luis XIV estuvieron profundamente influidos por esa obra. Los *Pensamientos* han conservado su valor hasta hoy. Son como el testimonio de un pensador genial, de una experiencia mística y como la ilustración de nuestro Siglo de Oro. La presencia de Pascal, dentro de nosotros, queda tan viva que las investigaciones que su obra provoca siempre dan lugar a nuevos trabajos.

Por otra parte, Pascal, hijo de una familia de togados, aparece bien como el digno representante de su clase y de su medio en la brillante defensa que son las *Provinciales*, cuyo carácter incisivo anuncia a Voltaire.

Matemático genial, no se contenta Pascal con distinguirse en el campo de la Ciencia abstracta, en el cual inventó el triángulo aritmético y el cálculo de las probabilidades. Es posible que sea a sus orígenes auverneses, a una raza positiva y práctica, en contacto con una naturaleza áspera y hermosa, que se deba su inclinación a las ciencias concretas, o ciencias experimentales a partir de Bacon y Descartes. Es posible también que se deba a la situación geográfica de Clermont, al pie de las montañas, la idea del célebre experimento de Puy de Dome, con el fin de comprobar el descubrimiento de la presión atmosférica por Toricelli. Además, Pascal se hizo célebre por sus trabajos científicos prácticos e inventos: la prensa hidráulica, la máquina de calcular, la humilde carretilla de nuestros campesinos y hasta los primeros autobuses.

Al fin no carecería de interés, por cierto, establecer una comparación entre Pascal, discípulo angustiado de Cristo crucificado que puso al servicio de la fe todos los recursos de la Ciencia, de su genio, de los sufrimientos físicos de una vida demasiado sufrida, y otro gran auvernes, el Padre Teilhard de Chardin, apoderado también en su juventud, de la ciencia y del amor a Cristo, haciendo con ello la síntesis más alegre y optimista. No hay que olvidar, por supuesto, que Pascal, a pesar de su austero ambiente jansenista, escribió, en su famosa "noche de fuego" las palabras: "¡Alegría! ¡Alegría! ¡Lágrimas de alegría!".

Pero esto me llevaría muy lejos y hablé ya bastante. Corresponde ahora a los letrados, científicos y filósofos de la noble Universidad de Costa Rica el enseñarnos, con la competencia que les caracteriza, los distintos aspectos del gran Pascal, cuyo modesto representante de su país no hizo más que evocar, de prisa, unos títulos de gloria.

*Philippe PERIER*  
Embajador de Francia.